



Capítulo 319 - Tomando Energía

Personalmente, Vergil comenzaba a sentir, por primera vez, el peso de algo que nadie le había enseñado a controlar: la fuerza involuntaria.

No era algo simple ni siquiera normal. Su cuerpo estaba... cambiando. Creciendo más allá de la lógica, más allá de la razón, más allá de los límites que la mayoría de las existencias conocían.

¿La causa? Algo que Zafiro, en su caótica creatividad y su recién despertada curiosidad por la cultura humana, denominó el «Cuerpo Perfecto del Demonio Celestial».

Para ser justos, era un nombre absurdo. Pero eso fue lo que se quedó. Sapphire lo había creado tras sumergirse en un manhwa cualquiera llamado "Las Crónicas del Demonio Celestial" o algo así.



Una coincidencia cómica... o quizás no. Desde que empezó a vivir con "seres sociales", Zafiro, la caótica e impulsiva Primordial, había empezado a consumir lo que ella llamaba "medios tontos", aunque su principal motivación eran los celos.

Estos celos surgieron al ver a Vergil y Katharina reír juntos, comentando cosas como anime, personajes y memes actuales. Para Zafiro, quien evitaba los vínculos y las banalidades, eso fue una puñalada existencial. Y como toda entidad primordial herida, su reacción fue crear... conocimiento. Una teoría. Un nombre.

Y entonces, recibió su nombre. El cuerpo de Vergil no era normal. Era la consecuencia inevitable de un alma única e indivisible, perfecta en su anomalía.



Virgilio no solo era fuerte. Era una aberración divina. La mayoría de los demonios necesitaban consumir almas para evolucionar y alcanzar nuevos niveles de poder. Pero él no. Virgilio fue el catalizador de la evolución misma.

Y estuvo rodeado de casos extremadamente raros, casi mitológicos, que sólo alimentaron este crecimiento.

Katharina, Ada y Roxanne nacieron como seres absolutos. No necesitaban devorar almas. El poder fluía naturalmente en ellas, como un don esculpido desde el nacimiento.

Zafiro y Sefiroti, por otro lado, eran aún más antiguos. Primordiales. La primera de las 72 Llaves Demoníacas. Criaturas tan antiguas como los conceptos que dieron nombre al mundo. No hacían contratos. Eran los contratos.

Raphaeline y Stella, por otro lado, heredaron esta grandeza. Hijas de los originales, nacidas de la fusión de lo antiguo y lo presente. Y luego estaba Viviane, la legendaria Herrera Divina. Una fuerza bruta de creación, cuyo talento desafiaba los cielos.



Pero incluso con todas estas poderosas presencias a su alrededor, ninguna podía ayudarlo.

Virgilio era diferente.

Todos ellos, incluso los más poderosos, existían en dos: cuerpo y alma. Separados. Independientes. Armonizados.

Virgilio era uno. Cuerpo y alma fusionados. Una entidad indivisible.



Esta singularidad fue su don... y su maldición.

Cuando entrenó su cuerpo, su alma evolucionó.

Cuando reflexionaba, sentía o comprendía algo sobre sí mismo, su cuerpo se adaptaba.

Cuando aprendió, creció. Cuando se conmovió, trascendió.

Todo era entrenamiento. Todo era progreso. Todo era demasiado.

Virgilio vivió en doble sentido. Sintió en doble sentido. Evolucionó en doble sentido.

Y ahora... se estaba acercando a un límite que nadie había tocado jamás.

Un punto más allá del cual no había mapas. Ni guías. Ni vuelta atrás.

Era una situación difícil que sólo podría resolverse en el futuro... o mejor dicho...

—Disculpe la demora. —La voz suave y prolongada de Sepphirothy rompió el silencio, resonando suavemente por la habitación como una brisa cálida.

Virgilio, hundido en el sillón, apenas tuvo tiempo de darse la vuelta cuando sintió que su presencia se acercaba.





Ella salió de atrás, envuelta solo en una bata de seda perlada, su largo cabello plateado todavía húmedo, goteando gotas que trazaban delicados caminos por su cuello y clavícula.

La luz de la habitación, suave y cálida, atravesaba la fina tela y revelaba lo justo para perturbar el corazón de cualquier mortal, o inmortal. Sus pechos rosados eran claramente visibles.

Caminaba con la calma de quien domina el tiempo; sus pies descalzos apenas hacían ruido sobre el suelo frío. Su expresión era serena, pero su mirada transmitía una intención velada, como si hubiera salido de un sueño lejano y hubiera decidido, en ese preciso instante, no despertar.

Vergil no dijo nada. Solo la observaba con ojos pesados pero atentos. La presencia de su madre parecía indicar que quería pelear con él por lo sucedido. Algo que había disminuido mucho... ¿era fuerte? Sí, claro. Pero si hay algo que lo asusta, es esta mujer. Su madre.



Pasó junto a él con silenciosa facilidad, su bata ondeando con el suave movimiento de su cuerpo. El aroma de un baño caliente, mezclado con algo antiguo y ligeramente metálico —como el aroma de la lluvia en un campo de batalla— invadió el aire entre ellos. Al llegar a la silla frente a ella, se sentó con desenfadada elegancia, cruzando las piernas desnudas con naturalidad.

"Te ves... cansado." Dijo primero, con la voz casi en un susurro. Pero entonces su mirada, afilada como el hielo ardiente, se posó directamente en los ojos de Vergil. "O culpable."

Sin esperar respuesta, extendió la mano y sacó una botella de whisky añejo de la mesita. Se sirvió un vaso en silencio, mientras los cubitos de hielo tintineaban ligeramente contra el cristal. Luego apoyó los pies en el borde de la mesa, en una actitud casi demasiado mundana para alguien como ella, y bebió lentamente, como si saboreara el silencio más que la bebida.

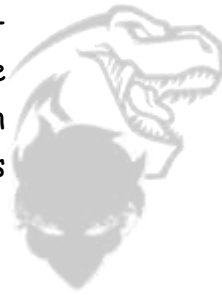


—Ah... No pensé que pasaría tan rápido —añadió con los ojos entornados, estudiando cada rasgo de su rostro—. Entonces... ¿has llegado a tu límite?

Su tono no era acusatorio, sino curioso. Peligrosamente curioso. Como quien ya sabe la respuesta, pero quiere ver si tendrá el valor de decírla en voz alta.

"Sabes que sí", respondió Vergil con la voz ronca, cargada de algo más profundo que la simple frustración. Sus ojos permanecieron fijos en el vaso de whisky que tenía en la mano, el hielo girando lentamente bajo el reflejo ámbar del líquido. Cada vuelta del vaso parecía un círculo de pensamientos que se repetía en su mente: un ciclo de culpa que no se rompía.

Por dentro, se ahogaba en una confesión silenciosa. Pensó en lo fácil —espantosamente fácil— que había sido desatar esa presión asesina sobre Viviane, Ada y Katharina. No hubo gritos, ni golpes, ni siquiera una intención directa. Solo la cruda manifestación de su voluntad... y cayeron. Como hojas en medio de una tormenta invisible.



Simplemente se desmayaron. Él lo sabía.

Pero lo que me dolió fue precisamente esto: "Eso es todo".

Se desmayaron... porque estaban cerca de él. Cayeron... porque perdió el control. Se durmieron... porque les devolvió la calma con un gesto de arrepentimiento.

"Si esto es todo... ¿qué sigue?" Ese pensamiento lo carcomía. Porque si las personas que ama sufren solo por estar cerca cuando está enojado... ¿Qué futuro puede ofrecerles?



Tomó un sorbo de whisky, sintiendo el ardor bajar por su garganta como un castigo merecido. Su mirada se perdió por un instante, no en el vaso, sino en su interior.

"No se suponía que fuera así...", murmuró, casi en silencio, pero Sephirothy lo oyó. Siempre lo oía. Porque ya había estado allí antes, en ese mismo umbral entre ser necesaria... y ser demasiado peligrosa.

Sephirothy observó a Vergil en silencio durante unos instantes, con expresión anodina, pero sus ojos reflejaban la gravedad de alguien que alguna vez tuvo el mismo peso. Colocó el vaso con cuidado sobre la mesa, se inclinó hacia delante y entrelazó los dedos en su regazo, como si estuviera a punto de decir algo irrevocable.

—Vergil —comenzó con calma, con voz suave y firme—, estas cosas... pasan.

Él levantó la vista, con la mirada aún oscurecida por la culpa. Pero ella continuó, sin dudarle:

Estás creciendo. Tu cuerpo, tu alma, todo evoluciona de una forma que solo tú puedes comprender. Y precisamente por eso... a veces fallarás. No alcanzarás el objetivo. Superarás tus límites. —Respiró hondo y su tono se suavizó aún más—. Eso no te convierte en un monstruo. Te convierte en alguien que necesita entrenar. ¿Quién necesita dominar esta fuerza, no reprimirla?

Sephirothy se acercó lentamente, sin amenazas ni compasión, solo presencia. Se sentó en el borde de su silla y apoyó la mano en el pecho de Vergil, sintiendo el denso flujo de energía que latía allí, comprimido, sofocante.

Estás abrumado. Tu alma y tu cuerpo son como un horno sin ventilación... Puedo aliviar eso, solo un poco. Quitarte el exceso. Para que puedas respirar de nuevo.





Vergil miró fijamente a la mujer frente a él. Su cabello blanco aún le caía ligeramente sobre los hombros. Su túnica, ceñida al cuerpo, dejaba poco espacio a la imaginación; pero en ese momento, no veía a Sephirothy como una figura sensual. La veía como lo que siempre había sido: una guardiana del caos. Y ahora, también de su equilibrio.

Sonrió, una sonrisa pequeña y amable, como si ofreciera ayuda sin imponerse. "No es debilidad aceptar esto. Es supervivencia".

Vergil dudó sólo un momento antes de cerrar los ojos y asentir, casi imperceptiblemente.

—De acuerdo —susurró—. Relájate... y déjame sacar lo que rebosa.

Sephirothy se movió lentamente, deslizándose hasta el suelo con la elegancia de quien no necesita demostrar nada a nadie. Sus rodillas tocaron la alfombra con un suave susurro, justo delante de Vergil.



Sepphirothy estaba en una posición muy... sexual. Sus pechos eran casi completamente visibles a través de la transparencia. Sus enormes pechos con un escote pronunciado y el rosado de sus pezones. Todo era evidente.

"No lo haces—"

El movimiento fue directo... demasiado íntimo para ignorarlo. Bajó la mirada y, por un breve instante —muy breve—, su mente pensó lo peor. O lo mejor, según cómo se mirara.

Bueno... ella era su madre, ¿no haría esto bien?

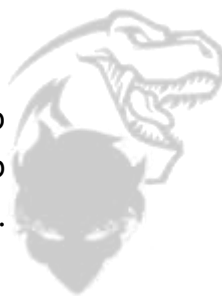
Pero ella lo miró con absoluta calma. Una sonrisa curvó sus labios, como si leyera cada pensamiento disperso en su frente.

—No lo entendiste —dijo ella, en voz baja y cortante como la seda—. Ese no es el tipo de alivio que voy a darte.

Lentamente, extendió la mano, tomó la mano derecha de Vergil —grande, firme y callosa— y tiró de ella con suavidad hasta que la punta de su dedo medio quedó entre ellas. Sin romper el contacto visual, se llevó el dedo a los labios.

Vergil no se inmutó. Pero el calor le subió hasta la nuca.

Con un chasquido sutil, Sepphirothy se mordió la punta del dedo. Un mordisco limpio y preciso, y, curiosamente, indoloro. En lugar de sangre, brotó un humo fino, denso y negro y rojo, como si le arrancaran la esencia misma de la carne.



Sepfiroti se tomó su tiempo. Con la mirada fija en él, acercó sus labios a la punta de su dedo y lo envolvió suavemente, sellando la extracción de energía. La succión fue lenta y constante, como si saboreara algo excepcional, un néctar demasiado preciado para desperdiciarlo.

La tensión en los hombros de Vergil se alivió. La densa y sofocante energía comenzó a dispersarse como niebla en el viento. Sin embargo, la calidez entre ellos solo aumentó; no por el poder, sino por la cercanía, por el gesto lleno de un significado que ninguno de los dos fingió no comprender del todo.

Sepfiroti soltó el dedo lentamente, como si se deshiciera de algo preciado. Había un brillo diferente en sus ojos: no malicia, sino un discreto respeto por el poder que acababa de tocar.

"Almacenas energía como un pozo sin fondo", dijo con voz baja y un poco ronca.
"Debes aprender a liberarla... antes de que consuma todo lo que te rodea".

